

*Microcuentos*

*Tyler Fisher*

*Royal Holloway, University of London*

*El pozo de la vejez*

Cuentan los ancianos de Sefarad que había cierta moza toledana entre los expulsados de la Península. Esta moza, que la historia sólo conoce con el nombre de Musilla seguramente apócrifo, viajó de mar en mar y de país en país, como anduvieron mucho aquel pueblo disperso, bien bajando al Levante o subiendo a los Países Bajos. Y en cada Musilla iba probando pozos, buscando uno cuyos sabores y ecos le recordasen a los pozos de su querido hogar circundado por el Tajo: las aguas del Pozo Amargo, salobres y vigorizantes, el tintineo de lejanas risas en el Pozo de El Salvador, la fresca lisura del Pozo de Barrionuevo.

Así, en los mismos años en los que el conquistador español buscó la fabulosa Fuente de la Juventud en ultramar, ella descubrió, en algún lugar de su tránsito por el Viejo Mundo, el Pozo de la Vejez. Las aguas de éste le concedieron una ancianidad prematura, y a los siglos, Musilla se llenó de vetustez. Es decir, se volvió vieja pero por dentro. Con cada día iban dentro de ella visiones nítidas del pasado de la humanidad como si todo ello hubiera sido suyo. Sus rasgos no se alteraron, salvo cierto fulgor en los ojos, pero iba recuperando siglos, descifrando siglas, hasta sondear la roca madre de la prehistoria. Tras esta metamorfosis, llegó a ser tan sabia como el rey Salomón, aunque con una sabiduría diferente. Más maravilloso aún, acudían a ella, como un fino polvo de hierro atraído por un imán, de civilizaciones desaparecidas, bandadas de códices, una miríada de monedas y un puñado de piletas. Formaban alrededor de la toledana algo como una falda ancha y neblinosa, y ella iba explicando a la gente que conocía en sus peregrinaciones.

El final de la historia de Musilla queda perdido entre los oleajes de la diáspora, entre tantos otros, pero en siglos más recientes se han fundado en su nombre colecciones de libros humanos donde se conservan y exponen los vestigios del pasado, y se invita a la gente a zambullirse en su vieja sabiduría.

### *El gen del genio*

Tras muchos años en el laboratorio, descubrió el gen que hace a los genio descubrimiento le ganó la aclamación de todas las universidades del mundo y, hasta el día de sus días, le colmó de premios.

Tras su muerte, sus colegas descubrieron que el ADN del mismo fallecido carecía tal gen, y este descubrimiento causó más regocijo aún.

### *El perro que no siguió la corriente*

A diferencia del renombrado Rocinante, aquel galgo corredor que, después del párrafo, desaparece por completo de las páginas de *El Quijote*, no aceptó ninguno de los nombres exquisitos que le inventó su amo.

“¡Cipiión!” le llamó el hidalgo la mañana de la primera salida, pero el galgo se comportó indiferente.

“¡Berganza, vamos!” Y nada.

El tozudo Chucho sale corriendo en la dirección opuesta, hacia tierras de Valladolid. El autor no puede más que guardar los nombres apuntados para otra novela.